

ARTÍCULOS

El aislamiento social como supuesto articulador de las teorías sobre la exclusión y el sinhogarismo: críticas y aportes etnográficos

Social isolation as an assumed articulator of theories on exclusion and homelessness: ethnographic contributions and critiques

Santiago Bachiller¹

Aceptación: 15 septiembre 2009

Aprobación: 2 mayo 2010

RESUMEN

El objetivo del artículo es discutir con el supuesto del aislamiento social en tanto eje articulador de las teorías sobre la exclusión social en general, y de los modelos de análisis sobre quienes se ven forzados a residir en la vía pública en particular. En segunda instancia, se argumenta que las perspectivas centradas en el aislamiento social en buena medida son consecuencia de una opción metodológica: la mayoría de los estudios sobre la exclusión de las personas sin hogar únicamente tomaron a las metodológicas cuantitativas de investigación como referencia. Finalmente, se destacan los posibles aportes del enfoque etnográfico al estudio de los procesos de exclusión que afectan a las personas sin hogar.

Palabras Clave: Exclusión social, aislamiento social, personas sin hogar, etnografía.

ABSTRACT

The aim of this paper is to discuss the assumption of social isolation as the main issue articulating theories of social exclusion, and in particular the models of analysis of subjects forced to live in public spaces. I argue that perspectives centered on social isolation are the consequence of a methodological option: most studies on exclusion of homeless people are restricted to a quantitative methodological approach. Finally, I assess the expected contribution of ethnographic methods to the study of the processes of exclusion affecting homeless people.

Key words: Social exclusion, social isolation, homeless, ethnography.

¹ Profesor Titular de la Universidad Nacional Patagonia Austral, Doctor en Antropología Social por la Universidad Autónoma de Madrid, Investigador Asistente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICET). santiago.bachiller@gmail.com

Estados Unidos es el país que ha generado la mayor parte de las investigaciones existentes sobre las personas que se ven forzadas a residir en la vía pública. Por otra parte, las teorías sobre la exclusión social surgieron en Francia y, en el presente europeo, se han constituido en la forma dominante de nombrar, interpretar e intervenir sobre los procesos de vulnerabilidad social. A pesar de provenir de tradiciones sociológicas diferentes, ambos modelos de análisis coinciden en un punto: han puesto un fuerte énfasis en las imágenes que ligan al excluido en general, y al *homeless*² en particular, con el aislamiento social. Así, a partir de nociones como la “desafiliación”, la situación de los excluidos es representada en términos de desconexión, de distancia respecto de las instituciones sociales dominantes.

El principal objetivo del presente artículo es discutir con el supuesto que articula a dichos modelos teóricos en torno al aislamiento social. Para entender en qué consisten los procesos de exclusión social asociados con el denominado “sinhogarismo”³, no solo debemos analizar los quiebres, las rupturas que alejan a ciertos grupos o individuos del conjunto social, sino también la cotidianidad en el ámbito de exclusión, la socialización en un entorno marcado por la precariedad. Priorizar los procesos de reafiliación supone indagar los modos en que las personas recomponen su subsistencia material y sus vínculos sociales en un contexto de exclusión residencial, tal como ocurre con quienes se ven forzados a residir en la vía pública.

A su vez, este trabajo conlleva dos objetivos complementarios. En primer lugar, pretende demostrar que las perspectivas centradas en el aislamiento social en buena medida son consecuencia de opciones metodológicas. Las perspectivas articuladas en torno al supuesto del aislamiento social guardan relación con un hecho: prácticamente la totalidad de los estudios sobre el sinhogarismo se han basado en metodologías cuantitativas. Por consi-

guiente, el segundo objetivo complementario implica explicitar los límites inherentes a las metodologías cuantitativas en lo que refiere al estudio del sinhogarismo, así como los posibles aportes del enfoque etnográfico.

Por último, cabe aclarar que el artículo es producto de un trabajo de campo etnográfico realizado durante más de tres años con personas que residen en las calles de Madrid, España.

1. El aislamiento como supuesto estructurador en la sociología del sinhogarismo y de las teorías sobre la exclusión social

En Estados Unidos es donde se ha producido la mayor cantidad de investigaciones sobre el sinhogarismo. En estos estudios, el aislamiento social de los *homeless* ha sido una de las perspectivas dominantes. Ya en una fecha tan remota como 1936, Suntherland y Locke (en Snow y Anderson, 1993: 172) describían a los habitantes de los *Skid Rows*⁴ como “personas sin techo y poco amistosas, aisladas de todo contacto social de naturaleza íntima y personal”. Las décadas pasaron, pero las definiciones fueron reproduciendo el mismo tono: Dunham (1953, en *ibidem*) se refería a los *homeless* como individuos “incompletamente socializados”; Pitman y Gordon (1958, en *ibidem*) utilizaron la expresión “infrasocializados”; mientras que Levinson (1963, en *ibidem*) planteó la cuestión en términos de sujetos “fundamentalmente separados de la vida social”. Al preguntarse por la relación entre anomia y estructura social, Merton (1968) caracterizó a “los mendigos” como individuos retraídos. Según este sociólogo, son los continuos fracasos los que llevan a estas personas a renunciar a los principios y las formas legítimas de inserción social, a convertirse en seres asociales. Las bases teóricas estaban sentadas: a mediados de los sesenta Howard Bahr comenzó sus estudios sobre el *Skid Row* de Nueva York; a partir de entonces, desafiliación y sinhogarismo son términos que se retroalimentan. Bahr describe al sinhogaris-

² En el artículo los términos “personas sin hogar”, “sin hogar” u *homeless* son tomados como sinónimos.

³ “Sinhogarismo” supone una traducción literal del término *homelessness*, frecuentemente utilizado en el inglés. Considerando que la mayor producción académica sobre el tema se ha generado en Estados Unidos, los especialistas de la materia de habla castellana han incorporado dicho término como propio.

⁴ Los *Skid Rows* consistían en áreas urbanas relegadas donde, a principios y mediados del siglo XX, residían los sin techo de Estados Unidos en los momentos que se afincaban en una ciudad determinada.

mo como una “condición de separación de la sociedad caracterizada por la ausencia o atenuación de los lazos de afiliación que conectan a las personas con las redes de interconexión estructurales” (1973: 17). En definitiva, una de las formas más tradicionales de entender al *sinhogarismo* pasa por definirlo como la forma más radical de desconexión y aislamiento social (Blumberg, 1975).

Así, en los inicios de la reflexión sociológica sobre estos grupos sociales los factores destacados se focalizaron en el nomadismo, la movilidad de una región a otra, y en la ausencia de una familia —la falta de un vínculo afectivo que transforme a la vivienda en hogar—; es decir, hasta la década de 1980 la falta de lazos sociales fue el aspecto predominante en la literatura sobre el tema. Debido a los procesos de desinstitucionalización psiquiátrica, gentrificación o a las políticas de ajuste fiscal de los 80, la variable residencial pasó a dominar la escena y fue entonces cuando se produjo la mayor producción teórica sobre la materia (Shlay y Rossi, 1992). A pesar de ello, el supuesto del aislamiento social continúa presente en la mayoría de los estudios contemporáneos⁵.

Por otra parte, siguiendo un modelo teórico diferente, las teorías sobre la exclusión social coinciden en destacar el aislamiento social como eje de análisis. Estas teorías responden a un contexto histórico concreto: se originaron en Francia en la década de 1980, y se propagaron por Europa y América en los 90. A mediados de los 80 el desempleo se extendió de forma dramática por toda Francia, afectando a sectores sociales que hasta entonces se consideraban amparados por “la sociedad salarial”, resguardados por el Estado de

Bienestar y por las protecciones propias del mundo laboral (Castel, 1997)⁶. Los teóricos franceses de estas perspectivas explican los procesos de exclusión social en términos de “desintegración social” o “desocialización” (Paugam, 2007), de “desinserción” (Gaulejac y Taboada-Leonetti, 1994), o de “desligadura” (Autès, 2004). A pesar de que cada uno de estos intelectuales pone el énfasis en puntos de vista diferentes —Paugam se centra en las instituciones, Gaulejac y Taboada-Leonetti en los individuos, etc.— todos coinciden en señalar que la exclusión no se limita al incremento del desempleo de largo plazo, sino que abarca la inestabilidad de los vínculos sociales. Robert Castel (1997) es sin duda el principal exponente de estas teorías. El énfasis de Castel pasa por el desmoronamiento de la sociedad salarial que caracterizó a las décadas marcadas por el accionar de los Estados de bienestar en Francia⁷. Sin embargo, el análisis de Castel no se distancia demasiado de los argumentos hasta ahora considerados. Castel concibe a la exclusión a partir de dos variables que se complementan: un vector que permite la integración del sujeto gracias al trabajo, y un eje que pasa por la inscripción en redes familiares y de sociabilidad. Estos enlaces califican tres zonas de cohesión o de densidad de las relaciones sociales: integración, vulnerabilidad y exclusión. La primera supone una conexión exitosa con el mundo del empleo y con los lazos familiares. En la franja de vulnerabilidad comienzan las turbulencias, pues se caracteriza por la precariedad laboral y por una fragilidad en los soportes relacionales. La exclusión, en tanto sinónimo de desafiliación, es el espacio social donde se mueven los individuos desprovistos de recursos económicos, soportes relacionales y de protección social. El excluido o desafiliado es el individuo desligado de

⁵ En la década de 1970 surgió una perspectiva basada en la observación participante que se dedicó a discutir con los sujetos que identificaban al *sinhogarismo* como sinónimo de aislamiento social (Rooney, 1976; Rubington, 1968; Spradley, 1970). El aporte más sustancial que realizó la antropología social a las investigaciones sobre el *sinhogarismo* consistió en reflexionar sobre la vida diaria en la calle, en caracterizar las tácticas de adaptación que desarrollan los sin hogar, y en demostrar cómo dichas tácticas se asocian con la conformación de redes sociales (Rosenhtal, 1994; Liebow, 1993; Snow y Anderson, 1993). Este artículo se reconoce como deudor de tales enfoques.

⁶ El origen de las teorías sobre la exclusión social guarda relación con un contexto histórico marcado por la crisis del petróleo de los años 1970, el cual hizo tambalear el modelo de desarrollo y producción dominante. Así, el discurso sobre la exclusión se organiza en torno a un quiebre en la historia reciente europea: el desempleo y la precariedad laboral en el marco de la reestructuración productiva, el proceso de globalización económica y el consiguiente retroceso de los Estados sociales. Para profundizar en estos temas, consultar en Abrahamson (1997) o en Silver (1994).

⁷ En tal sentido, a pesar de que Castel (1997) y Bahr (1973) coinciden en utilizar la noción de desafiliación, en Castel dicha noción adquiere un tinte más sociológico, se liga a procesos históricos ligados a la transformación de la sociedad salarial; por el contrario, en la obra de Bahr la desafiliación responde a una explicación más psicológica, donde la situación de calle se encuentra más ligada a la personalidad y/o responsabilidad del sujeto que padece los procesos de exclusión.

las redes básicas de sociabilidad y distanciado del mercado formal de trabajo.

De tal modo, estas teorías se organizan sobre la base de un supuesto: la exclusión sería consecuencia de una ruptura que distancia a determinados sujetos en primer lugar del mercado formal, y luego de los lazos sociales primarios. La exclusión sería equivalente a la desconexión social, a un desarraigo territorial. Dichas teorías remiten a la escuela sociológica de Emile Durkheim; su trasfondo es la relación tensa entre sociedad e individuo, la preocupación por la anomia y el quiebre de la cohesión social. La exclusión supera la dimensión económica y política para centrarse en la disolución del tejido social, considera que la pobreza urbana va de la mano del aislamiento social. Desde tal perspectiva, se sostiene que la reestructuración del mercado de trabajo, conjuntamente con el proceso de urbanización y modernización, ha conducido a la individualización, a una atomización que conlleva una fuerte amenaza en lo que respecta a los lazos tradicionales de solidaridad social.

En definitiva, es significativo como tradiciones sociológicas diferentes, como es el caso de las teorías sobre la exclusión social francesas y los modelos teóricos sobre el sinhogarismo generados en Estados Unidos, coinciden en tomar al aislamiento social como eje articulador. El próximo apartado supone una crítica al supuesto que identifica a las personas sin hogar con el aislamiento social, como si se tratase de individuos solitarios que deambulan a la deriva por las calles urbanas.

2. Crítica a las representaciones sociales del sinhogarismo como sinónimo de aislamiento social

Al iniciar un apartado dedicado a lidiar con los supuestos que ligan al sinhogarismo como sinónimo del aislamiento social, probablemente el primer punto a destacar consista en la importancia otorgada a las rupturas.

Los quiebres, las crisis, son los elementos indispensables que estructuran las teorías sobre la exclusión social. Ruptura que distancia al sujeto del mercado formal de empleo, de los vínculos de parentesco. La sociología sobre las personas sin hogar desarrollada en

Estados Unidos procede de modo similar: el *homeless* es representado como un ser desconectado del trabajo, que rompió el vínculo con sus afectos, distanciado de las instituciones básicas sociales. Así, la metáfora de “la caída en desgracia” es la imagen que funda las narrativas sobre la exclusión social (Autès, 2004; Paugam, 2007). La “caída”, graficada en el caso de los sin hogar como la noche en que por primera vez se pernocta en la calle o en algún recurso social para dichos grupos sociales, se constituye como el elemento disruptor que permite delimitar dos fragmentos temporales claramente distinguibles: el pasado, o la situación previa en tanto período de “normalidad”, y el presente-futuro, entendidos como la etapa instaurada a partir del salto al vacío. Por consiguiente, una primer crítica a estas perspectivas centradas en el aislamiento reside en la noción misma de ruptura, en la centralidad que adquiere para dichas teorías.

En primer lugar, no siempre la situación de calle es explicada por los sin hogar en términos de un quiebre negativo y abrupto de la cotidianidad. Para más de un *homeless*, resulta imposible distinguir una fecha, un punto que señale el origen de sus desgracias. Por el contrario, esta gente alude a una temporalidad marcada por las crisis recurrentes, refiere a un largo proceso con múltiples matices, donde carece de sentido recordar la primera vez que se pernoctó en la vía pública. Este es el caso de Héctor, un informante clave que desde su más temprana adolescencia alterna temporadas en la calle con otras durmiendo en una pensión, en la casa de algún familiar o amigo, en un centro de acogida, etc.

Del mismo modo, al indagar sobre el proceso de desafiliación, a veces resulta inadecuado plantear la discusión en términos del quiebre de las sociabilidades como consecuencia de la situación de calle. Tal lógica presupone un proceso de vida “normalizada” que se ve interrumpido por una situación extraordinaria, implica organizar el discurso en torno al comienzo de estadía en la vía pública entendido como un eje profundamente disruptor. Lo cierto es que no siempre es válida dicha suposición, menos aún en el caso de quienes tienen alrededor de 60 años y crecieron en una España repleta de penurias. Desde que tienen uso de razón, estas personas apelaron a la vía pública como espa-

cio de sociabilidad cotidiana, como entorno donde lograr la subsistencia diaria y entablar amistades; la calle ha sido un ámbito de socialización primordial a lo largo de toda la vida de estos individuos. En definitiva, la noción de ruptura o quiebre dificulta las posibilidades de distinción entre aquello que Fitoussi y Rosanvallon (1997) identificaron como “desigualdades tradicionales” —la pobreza histórica, la cual supone un lastre que se trasmite y hereda de generación en generación y las “desigualdades dinámicas”—, protagonizadas por los “nuevos pobres”, por quienes sufren un proceso de exclusión reciente ligado con alguna crisis estructural y/o personal. Las visiones organizadas en torno al supuesto del aislamiento social, de la desafiliación como consecuencia de una ruptura que distancia a los sujetos de las dinámicas sociales hegemónicas, tienen valor teórico para analizar los procesos de conformación de la denominada “nueva pobreza”; no obstante, ¿hasta qué punto el supuesto serían relevantes para estudiar los procesos de precariedad social denominadas como “desigualdades tradicionales”?

En segunda instancia, el supuesto del aislamiento en general, y la noción de desafiliación en particular, han tenido tanto éxito que orientaron los estudios sobre los procesos de desventajas sociales hacia las rupturas, silenciando los procesos de reafiliación que se generan en el contexto de exclusión. El énfasis en el aislamiento impide indagar en las redes que se generan en el contexto de exclusión, en las relaciones sociales que permiten la subsistencia material cotidiana en un entorno marcado por las penurias. En buena medida ello es así, pues las visiones centradas en el aislamiento poseen un límite intrínseco: parten de una perspectiva institucional de las relaciones comunitarias, focalizan su atención en las organizaciones sociales más clásicas. De tal modo, es significativo que Howard Bahr (1973), principal exponente de las perspectivas desafiliatorias en los estudios sobre los *homeless*, se preocupe por comparar el nivel de afiliación de las personas sin hogar con otros grupos poblacionales. Los parámetros que le permiten realizar tales mediciones consisten en el grado de contacto que el sujeto tiene en un período de tiempo

dado con instituciones puntuales: la familia, el mercado de trabajo, asociaciones recreativas, sindicatos, etc. Preocupados por la conexión que los *homeless* sostienen con las instituciones tradicionales, este tipo de enfoques olvidan las potenciales alternativas de reafiliación que se generan en el contexto de exclusión. Preguntándose por la desconexión, no se registraron las formas en que los sin hogar reconstituyen sus lazos sociales ni las dimensiones geográficas en que se desarrollan tales vínculos (Rowe y Wolch, 1990).

Un primer ejemplo al respecto: hemos visto cómo la noción de desafiliación define a la exclusión como un punto de inflexión disruptivo, por el cual los lazos primarios se descomponen hasta desaparecer. Al tomar a la situación de los *homeless* como eje de análisis, nos vemos forzados a relativizar los enfoques que identifican a la exclusión con el aislamiento social. En primer lugar, si bien es cierto que residir en la vía pública suele ser sinónimo de disolución de muchos vínculos, no todos los *homeless* se encuentran tan desconectados de sus redes familiares como suele afirmarse desde los modelos de la desafiliación. Por el contrario, las modalidades de sinhogarismo y los niveles de apoyo oscilan de acuerdo a variables como el tamaño de la red familiar. Cuantos más parientes se posee, más probabilidades habrá de obtener algún tipo de ayuda, el género o el punto del ciclo vital en el que se encuentra la persona sin hogar y su familia; a la hora de expulsar a un miembro del hogar, por lo general las familias son más tolerantes con las mujeres o con los niños que con un hombre adulto (Rosenthal 1994; Cabrera Cabrera 1998). Asimismo, que haya gente que se desligó de su familia no significa que la desafiliación sea definitiva. Rosenthal (1994) sostiene que entre los *homeless* que perdieron el contacto con sus parientes, la mayoría de las veces la ruptura se dio como consecuencia de la situación de calle y no como factor causal. Así, la desesperación y el desenganche son reacciones periódicas -no constantes- frente a la situación de calle; de hecho, los vínculos primarios suelen recomponerse cuando la persona sin hogar supera el período de calle (ibídem)⁸. En síntesis, no todos los vínculos

⁸ Rosenthal (1994) sostiene que el principal motivo que lleva a la disolución de los lazos familiares se asocia con el estigma. A su vez, dedica un espacio fundamental a la capacidad de reciprocidad -de intercambiar ayudas, ya sea monetarias o de otro tipo- como un factor explicativo de la distancia que separa a determinadas personas sin hogar de su grupo familiar.

con los familiares y las viejas amistades han desaparecido; en todo caso, deberían ser caracterizados por su fragilidad, como lazos tenues (Snow y Anderson, 1993; Liebow, 1993). Las perspectivas sobre la desconexión toman a la afiliación como una variable discreta, dejando dos posibilidades: el contacto o el aislamiento. Por el contrario, la afiliación debe ser entendida como una variable multidimensional y continua (La Gory *et al.* 1991). Entre la afiliación y la desafilación existe una amplia gama de posibilidades que deben ser tenidas en cuenta.

La cuestión laboral constituye el segundo ejemplo a mencionar, pues los enfoques que priorizan el aislamiento social se encuentran estrechamente ligados con las definiciones oficiales sobre el trabajo. Solemos pensar que el trabajo equivale a un intercambio reglamentado, a un empleo remunerado donde el salario, el tiempo y el lugar se estipulan de antemano a partir de un contrato legal (Castells y Portes, 1990; Martínez Veiga, 1989)⁹. Dichas visiones restringidas de qué es un empleo, limitadas al mercado formal de trabajo, impiden destacar un aspecto vital en las situaciones de exclusión: los procesos de reafiliación, las tácticas materiales de subsistencia y adaptación. Por el contrario, si tomamos una definición más amplia del trabajo e incluimos las diversas modalidades de economía informal, la imagen de los excluidos como seres aislados comienza a tambalear. El trabajo de campo etnográfico con personas sin hogar nos lleva a afirmar que actividades como la búsqueda de materiales en la basura o la venta ambulante en la vía pública, permiten la subsistencia diaria de estos grupos en un contexto marcado por las adversidades. En resumidas cuentas, la distancia con el mercado formal de empleo no equivale a una distancia con el trabajo en sí mismo.

A su vez, los procesos de reafiliación, propios de las situaciones de exclusión, de-

penden de la conformación de redes sociales y del arraigo territorial. Retomando el ejemplo anterior, y contradiciendo los enfoques que privilegian el aislamiento social, afirmamos que las prácticas de economía informal se articulan en un espacio concreto, se organizan en torno a las redes que los *homeless* han establecido con los comerciantes o vecinos que residen en el barrio donde se han instalado. Es en el espacio de interacción cotidiana barrial que logran conformar lo que ellos denominan como “mi clientela”, constituida por personas que todos los días atraviesan dicho espacio y que están dispuestos a comprar lo que el *homeless* ofrece, o simplemente a ayudarlo económicamente. Así, la presencia constante en un terreno genera lazos regulares que a su vez implican recursos materiales y morales (Girola, 1996). En definitiva, estaríamos faltando a la verdad si considerásemos a dichos *homeless* como personas “altamente atomizadas y desconectados respecto de las estructuras sociales. Muchas personas sin hogar están asociadas de modo activo con redes, más allá de que tales redes posean una estructura diferente a las que se afilian los individuos domiciliados” (Snow y Anderson 1993: 318).

No obstante, las perspectivas centradas en el aislamiento no responden únicamente a un enfoque institucional de los procesos de precariedad social. Tomando como referencia el caso español, en el próximo apartado veremos que las imágenes de ruptura y aislamiento en buena medida también son consecuencia de un hecho: la mayoría de los estudios sobre el *sinhogarismo* se han basado en metodologías cuantitativas.

3. Metodologías de investigación y estudios sobre el *sinhogarismo*: aportes etnográficos

A la hora de caracterizar la información con la que se cuenta sobre el *sinhogarismo* en España, el primer punto a resaltar es

⁹ Desde las críticas de género se ha denunciado que estas definiciones restringidas silencian diversas formas de explotación, el empleo doméstico ha sido el ejemplo más citado al respecto. Cientos de actividades productivas no se ajustan a la acepción ortodoxa de empleo remunerado; así, la economía formal no logra captar la realidad social que cae fuera del sistema de mercado formador de precios (Castells y Portes, 1990). Estas actividades surgen como consecuencia de la incapacidad del Estado y del mercado por generar empleo o por incorporar a las mismas en las cadenas de producción legalmente reconocidas, la “incapacidad” también puede ser interpretada como una ambición desmedida por obtener ganancias, ahorrándose el pago de los correspondientes aportes sociales. En todo caso, queda claro que las versiones oficiales y acotadas de lo que es un empleo, con su consiguiente persecución, fomentan la marginalidad de quienes recurren a la economía informal como último medio de subsistencia (Martínez Veiga, 1989).

que prácticamente la totalidad de los estudios realizados han sido organizados en torno a encuestas. En segundo lugar, y a excepción de las recientes experiencias de recuentos a nivel de calle llevadas a cabo en Madrid y Barcelona, la información estadística se ha centrado en los empleados que trabajan o en las personas sin hogar que son usuarios de los recursos sociales destinados a los *homeless*¹⁰. Tales estudios poseen una serie de límites inherentes a las metodologías cuantitativas adoptadas. Los límites que nos interesa destacar son aquellos que refuerzan las imágenes de aislamiento social; no obstante, buscando resaltar cómo el enfoque etnográfico podría contribuir a profundizar los conocimientos sobre quienes se ven forzados a residir en la vía pública, en el apartado se tendrán en cuenta otro tipo de obstáculos relacionados con las metodologías cuantitativas y los estudios sobre el *sinhogarismo*.

Uno de los ejes básicos de toda encuesta a personas sin hogar consiste en averiguar si el *homeless* tiene amigos, si frecuenta a sus familiares, etc.; una vez más, el supuesto del aislamiento social subyace detrás de tales preguntas. Recordemos nuevamente que, en España, la información sobre quienes se ven forzados a pernoctar en la vía pública ha sido obtenida a partir de encuestas a los usuarios de los servicios sociales para *homeless*. En tal sentido, y siguiendo a Rosenthal (1994) y a Girola (1996), el primer elemento a destacar es que la apariencia de desolación en parte puede ser consecuencia de un artificio metodológico. Es decir, los albergues suelen ser espacios sociales donde los individuos se encuentran más aislados y son menos propensos a formar grupos en comparación a lo que ocurre en la calle. Así, las imágenes de aislamiento se refuerzan en las encuestas realizadas a los usuarios de los albergues, mientras que se diluyen cuando se llevan a cabo en la vía pública. En segunda instancia, cuando en una encuesta se pregunta a un *homeless* si posee amigos, si cuenta con apoyo, por lo general contestará negativamente. Esta respuesta

dice más sobre cómo las personas se sienten, sobre la soledad como un elemento subjetivo, que sobre los contactos diarios. Por el contrario, a partir de la observación participante en la calle hemos constatado que si en la misma encuesta se preguntase específicamente por el dueño del bar donde el sujeto desayuna cada mañana, por el empleado que atiende el quiosco contiguo al sitio donde pernocta, por la vecina que todos los días pasea a su perro por la plaza donde reside, entonces la persona sin hogar reconocerá que los mismos son una fuente de apoyo. Gracias al trabajo etnográfico es posible detectar una serie de vínculos que, si bien pueden ser tenues, resultan vitales para el proceso de reafiliación en el contexto de exclusión.

Pero los límites inherentes a las encuestas o las distintas modalidades de entrevistas realizadas a *homeless* se expresan en dimensiones que exceden el plano del aislamiento social. En primer término, tengamos presente que en todo trabajo de campo nos enfrentamos con la dificultad de establecer y ganarnos la confianza de una red de informantes. Estos obstáculos son aún mayores cuando se trabaja con personas sin hogar. La desconfianza es un elemento muy difundido entre quienes residen en la vía pública. El recelo se propaga hasta afectar incluso las relaciones con los compañeros de calle; en tal sentido, un código característico entre los *homeless* es aquel que pregona no preguntar por la vida del otro, evitar la curiosidad sobre el pasado o la intimidad de la persona. Dicho código afecta las posibilidades de obtener información fidedigna. Esta situación se potencia cuando, como sucede en la mayoría de los estudios dedicados al *sinhogarismo*, los datos surgen de una encuesta donde el encuestador apenas conoce al *sin hogar*.

Además, es preciso entender que la mayoría de los *homeless* poseen una vasta experiencia de interrogatorios. Entre otros motivos, muchas personas sin hogar rechazan el contacto con los servicios sociales como

¹⁰ En cuanto a los recuentos a nivel de calle, nos referimos específicamente al Primer y Segundo Recuento Censal Nocturno de Personas sin Hogar realizados en las calles de Madrid en diciembre de 2006 y febrero de 2008, respectivamente, así como al Primer Censo Nocturno del mismo tenor llevado a cabo en Barcelona en noviembre de 2008. Asimismo, en España la investigación sobre el *sinhogarismo* es bastante reciente, por lo cual dicho país no cuenta con demasiada información al respecto. A pesar de ello, existen informes realizados por entidades como el Samur Social, o de fundaciones dedicadas a trabajar con estos colectivos, tales como San Martín de Porres, Arrels, Rais, etc. Entre los estudios académicos, destaca la labor de Pedro Cabrera (1998), Manuel Muñoz (*et al.*, 2003) y María Sánchez Morales (1999).

consecuencia de haber sido interpelados por más de un “funcionario de lo social”. Si los *homeless* se muestran reacios a dar información personal, en parte se debe a que están hartos de repetir su “historia triste”. Periodistas, psicólogos, trabajadores y educadores sociales han hurgado en las heridas formulando las preguntas más incómodas, las que más duele responder. Pero la negativa a dar información personal en una entrevista remite a otros motivos. Lo que muchos sin hogar buscan en las calles madrileñas es el anonimato, la invisibilidad. La lógica que persiguen consiste principalmente en evitar ser reconocidos por sus familiares. De tal modo, las entrevistas implican el temor y la vergüenza de que algún familiar o amigo se entere de su situación de calle, suponen reiterar una vez más la narración de sus fracasos personales.

Por otra parte, las grabadoras o las cámaras fotográficas simbolizan la posibilidad de ser etiquetados como un “sin techo”. La persona es mucho más que un sin hogar, y para esta gente el término “entrevista” remite a un imaginario basado en la reproducción de estigmas, motivo por el cual es frecuente que adquieran una actitud defensiva cuando les sugieren la posibilidad de ser encuestado o entrevistado. A su vez, para quienes residen en las calles madrileñas, el término “entrevista” se encuentra estrechamente asociado con el mundo periodístico. Han sido numerosas las ocasiones en las que un periodista se aproximó a un *homeless* intentando retratarlo. ¿Cómo ganarse la vida viviendo en la calle? Hay que ser capaz de reconocer y aprovechar las ocasiones que se presentan; dejarse fotografiar en tanto exponente de la miseria humana, o relatar su “propia historia triste”, es uno de los pocos recursos con los que esta gente cuenta para obtener unas monedas. Debido a que su historia triste pasa a ser valorada como una mercancía a vender, ante la sugerencia de realizar una entrevista fue común obtener por respuesta la siguiente frase: “Los periodistas me han dado veinte duros”.

Sus esfuerzos por obtener un rédito económico a cambio de la narración de la propia historia de vida solo se materializan en el marco de la entrevista o la encuesta, lo cual da cuenta de obstáculos difíciles de sortear a partir de dichas técnicas de investigación. En primer lugar, el entrenamiento previo en la esfera de los servicios sociales les permite lograr un relato sintético, resumir en los tiempos requeridos por los medios de comunicación todas las tragedias que tuvieron a lo largo de sus vidas¹¹. Y si no las tuvieron, es cuestión de inventarlas, pues es una narración dramática lo que les están solicitando. En tal sentido, para quienes poseen una vasta experiencia relatando la historia personal de sus fracasos continuos como moneda de cambio, el mundo de la entrevista y de la encuesta representa un campo propicio para dar rienda suelta a la imaginación. En segundo término, las encuestas y entrevistas pueden suponer otro límite, el de los discursos estereotipados. La palabra “entrevista” activa un imaginario de respuestas estructuradas dramáticamente. La pregunta apunta a cuestiones como los usos de determinados espacios pero el entrevistado, para sorpresa del investigador, puede reencauzar su respuesta hacia los problemas en la infancia, las peleas en el núcleo familiar o lo que supuso perder el empleo.

Consecuentemente, en mi investigación con personas sin hogar, la observación participante representó la técnica de mayor provecho. La observación participante parte de la base que la conducta debe considerarse en su contexto, durante períodos largos de tiempo, en un marco de referencia lo más global posible, y no solo desde el punto de vista del investigador, sino también de los sujetos y grupos sobre los cuales se centra la investigación (Hammersley y Atkinson, 1994). En tal sentido, el primer concepto a destacar es el de contexto. La noción de contexto implica destacar la dimensión expresiva del comportamiento, los mensajes que transmiten las personas —no siempre de forma voluntaria— a través de sus

¹¹ Saber narrar la propia historia triste pasa a ser una táctica de subsistencia. De ello depende, entre otras cuestiones, su ingreso y permanencia en un albergue, conseguir vestimenta en un ropero, dinero en el caso de quienes se dedican a la mendicidad, etc. Castel coincide con tal diagnóstico: “quien no puede pagar de otro modo tiene que pagar continuamente con su persona, y este es un ejercicio agotador. El mecanismo se advierte en los procedimientos de contractualización del ingreso mínimo de inserción: el solicitante solo puede aportar el relato de su vida, con sus fracasos y carencias, y se escruta ese material pobre para perfilar una perspectiva de rehabilitación, a fin de construir un proyecto, definir un contrato de inserción. Los fragmentos de una biografía quebrada constituyen la única moneda de cambio para acceder a un derecho” (1997: 477).

ropas o gestos. Se trata de cuestiones que no logran ser captadas a partir de una encuesta, y que superan el sentido de la vista e implican a otros órganos sensoriales. En un trabajo de campo con gente que se ve forzada a vivir en la vía pública, el olfato aporta datos significativos. El olor de quien lleva días utilizando un pantalón sucio de orín o excremento suele ser un indicio de un alto nivel de autoabandono, e incluso puede generar el desprecio y aislamiento por parte de los demás *homeless*. Pero al referirnos a la experiencia corporal no aludimos únicamente a las sensaciones que el entorno deja en el etnógrafo, sino también a cómo los espacios de exclusión se graban en los cuerpos y embotan los sentidos de los sin hogar. Como sostiene Wacquant: “El agente social es ante todo un ser de carne, nervios y sentidos, un ser que sufre (...) la sociología debe intentar recoger y restituir esta dimensión carnal de la existencia” (2006: 15).

A su vez, la etnografía equivale a privilegiar una “perspectiva en acción” (Snow y Anderson, 1993). Es decir, los patrones centrados en cómo las personas viven en la calle surgen en sus escenarios naturales y a medida que transcurren las actividades de interés. A modo de ejemplo, los datos más significativos sobre la mendicidad no los obtuve inquiriendo sobre el tema en una entrevista, sino observando y preguntando en el momento que el sujeto ejercía dicha actividad. Mucha información relevante surgió cuando permanecía callado, escuchando las conversaciones entre quienes compartían un cartón de vino. En otras ocasiones, el elemento participativo se imponía sobre la observación; así me ocurrió, por ejemplo, las veces que acompañé a un informante a recoger chatarra y terminé ayudándolo a cargar peso o a separar material de los contenedores.

En España, ningún estudio sobre el sinhogarismo ha tomado a la vía pública como eje de análisis. ¿Cómo analizar este fenómeno social sin indagar qué ocurre en el espacio donde las personas sin hogar pasan la mayor parte de sus vidas? En este punto ampliamos la crítica a los estudios sobre la exclusión so-

cial que se circunscriben a las metodologías cuantitativas, abogando por la necesidad de contextualizar a las encuestas realizadas en los albergues a los usuarios de dichos recursos sociales a partir de la observación participante. A nivel discursivo, debemos considerar que “los relatos no son simples representaciones del mundo; ellos son parte del mundo que describen y, por lo tanto, son formados por el contexto en el que ellos mismos ocurren” (Hammersley y Atkinson, 1994: 122). Al no poseer un contexto como información de trasfondo, las encuestas no siempre distinguen entre las narrativas como información —los datos sobre los fenómenos— y como perspectiva; la opinión del sujeto, cómo pretende posicionarse con su discurso. Por otra parte, las formas en que los individuos se relacionan entre sí, los códigos de calle y las particularidades que nos permiten hablar de forma genérica de “las personas sin hogar”, no pueden ser recreadas con toda su complejidad mediante una encuesta o una entrevista. La subjetividad y sociabilidad de los *homeless* se conforma a partir de la experiencia y la interacción diaria en el entorno de calle. ¿Cómo analizar dichos procesos limitándonos a una encuesta? Más aún: debido a que la mayoría de los albergues solo abren sus puertas durante la noche, los usuarios de tales servicios también se ven obligados a deambular por las calles madrileñas durante el día. Así, al adoptar una metodología centrada en las encuestas a los usuarios de los recursos, la mayoría de los estudios no han tenido suficientemente en cuenta los escenarios en los cuales tienen lugar las actividades de las personas sin hogar, o han observado a dichos comportamientos en una gama muy reducida de contextos (Koegel, 1998). Por último, estos enfoques poseen otro límite: centenares de *homeless* evitan los servicios sociales, por lo cual, si no son contactados en la calle, no serán tenidos en cuenta¹².

A diferencia de las metodologías cuantitativas, la observación participante permite comparar lo que las personas dicen que hacen de lo que realmente hacen (Gúber, 2004). Cuando trabajamos con poblaciones estigmatizadas, debemos ser particularmente preca-

¹² Según datos oficiales, el 45,6% de las personas sin hogar se aloja al margen de la red asistencial (INE, 2005). Además, las investigaciones centradas en los albergues sobredimensionarán la presencia de determinados grupos de *homeless* —es el caso de las mujeres— e infravalorarán a otros segmentos más reacios a relacionarse con tales servicios, por ejemplo los jóvenes (Burt, 1996).

vidos y considerar a los relatos como el resultado de un frágil equilibrio entre los procesos de revelación y de ocultamiento (Taylor y Bogdan, 1987)¹³. No se trata de que los *homeless* no sean capaces de reflexionar sobre su propia conducta, sino de analizar la distancia entre el discurso y lo observado. Por un lado, todo individuo dice y hace cosas diferentes en distintas situaciones. Pero además, en ciertas ocasiones no es sencillo discernir si lo que sostienen es cierto o falso; si es falso, más complicado aún es comprender si se trata de una mentira o de una percepción particular de la realidad. En todo caso, el dato relevante no pasa por establecer la verdad, sino por la perspectiva de los actores, es decir, cómo el sujeto prioriza una imagen de sí mismo a partir de su relato (Goffman, 2001). De tal modo, la etnografía es una herramienta útil para realizar una serie de “controles cruzados”. La triangulación supone la principal forma de validación de los datos, implica “la comparación de la información referente a un mismo fenómeno pero obtenida en diferentes fases del trabajo de campo, en distintos puntos de los ciclos temporales existentes en aquel lugar o comparando relatos de los diversos participantes” (Hammersley y Atkinson, 1994: 249).

Otro potencial de la etnografía consiste en destacar el punto de vista nativo, en lidiar contra el monopolio discursivo del investigador (Gúber, 2004). “Si lo que las personas dicen y hacen depende de su modo de interpretar la realidad, nuestro intento de explicación de la conducta humana debe incluir, y aun destacar, el significado que tiene la vida social para las personas en cuestión” (Koegel, 1998: 40). Recuperar el punto de vista de los sujetos nos permite comprender que muchas de las conductas que suelen ser denostadas como “psicopatológicas”, poseen una racionalidad subyacente e incluso pueden representar tácticas adaptativas frente a la situación de calle. Puedo mencionar a Mercedes como ejemplo. Esta mujer recorre la ciudad en pleno verano vestida con dos remeras, dos pantalones, un suéter y una campera. A simple vista, más de una persona dictaminaría que su

modo de vestir indica un problema de salud mental. Mercedes me explicó que sufre el calor del verano como cualquier otro madrileño. Lo que la diferencia de los demás ciudadanos es que ella no tiene dónde dejar su ropa; si la esconde en algún sitio de la vía pública, teme que se la terminen robando. Además, vestirse de tal modo supone una forma de defenderse, pues si intentasen violarla mientras duerme en la calle, tendrían que quitarle dos pantalones en vez de uno. En definitiva, preguntarse por la racionalidad de los actos de las personas sin hogar supone desentrañar cómo la calle condiciona las posibilidades de acción.

Un elemento fundamental de la etnografía consiste en la dimensión temporal. Al respecto, Hammersley y Atkinson recuerdan que “las actitudes y actividades en el campo suelen variar a lo largo del tiempo de forma significativa para la teoría social” (1994: 62). La perspectiva diacrónica, inherente al trabajo de campo antropológico, permite analizar los procesos de ajustes psicológicos, ver cómo varían las relaciones interpersonales en función del paso del tiempo (Snow y Anderson, 1993). Claro que, para analizar tales transformaciones, resulta indispensable una observación prolongada y persistente en los mismos espacios y con la misma gente. En primer lugar, la temporalidad afecta la forma en que los discursos se ven condicionados en función de la presencia del investigador. Así, y tal como ocurre en todo proyecto etnográfico, inicié la investigación con una serie de hipótesis que fueron modificándose de acuerdo a lo observado en el campo. Dicha situación no se debió simplemente a una “acumulación de conocimiento”. Por el contrario, las hipótesis debieron ser revisadas a medida que el transcurso temporal reflejaba la inestabilidad que caracteriza la vida de estas personas. En el caso de los *homeless*, las observaciones y conclusiones que establecemos varían enormemente en función de la época del año —en invierno se multiplican los recursos de asistencia, las navidades son particularmente fructíferas para quienes viven de la mendicidad, etc.—, las estaciones climáticas —la lluvia o el frío condicionan las prácticas habituales—,

¹³ Okely se refiere en los siguientes términos al potencial de la observación participante respecto de las entrevistas en las investigaciones con grupos estigmatizados: “la experiencia que los gitanos tienen de las preguntas frecuentemente viene dada por sus contactos con foráneos que les ofenden, les persiguen o les intentan convencer de algo. Los gitanos miden las necesidades del cuestionador y dan la respuesta adecuada, dejándolo con la ignorancia intacta (...). Es más productivo deambular por los alrededores que alterarles en plan inquisitorial (en Hammersley y Atkinson, 1994: 124-5).

el día de la semana –el domingo es el día más provechoso para quienes piden en las iglesias, ciertos recursos sociales solo abren sus puertas determinadas jornadas, etc- o del horario –la utilización del espacio público varía enormemente entre el día y la noche—. Los datos obtenidos a partir de encuestas o entrevistas estructuradas poco pueden decirnos sobre el proceso de adaptación forzada de los sin hogar frente a la naturaleza cambiante de la vía pública, sobre los ciclos que condicionan al sinhogarismo.

4. Conclusión

Con un origen marcado por la tradición sociológica francesa, las teorías sobre la exclusión social se han constituido en la forma predominante de analizar los procesos de desventajas sociales en Europa. Dichas teorías se articulan en torno al concepto de desafiliación, el cual supone ligar a la exclusión con el quiebre que distancia a determinados sujetos del mercado formal de empleo y de las sociabilidades primarias. Paralelamente, es en Estados Unidos donde se ha generado la mayor cantidad de estudios sobre la situación de quienes se ven forzados a residir en la vía pública. Pese a provenir de un contexto académico diferente al francés, los modelos de análisis del sinhogarismo generados en Norteamérica coinciden en un punto con las teorías sobre la exclusión social: ambos toman al aislamiento social como un eje vertebral. A partir de un estudio etnográfico llevado a cabo con personas sin hogar en la capital de España, el artículo tuvo por objetivo discutir con el supuesto del aislamiento social.

En tal sentido, se sostuvo que los enfoques desafilatorios orientan los refletores hacia las imágenes de aislamiento y desarraigo, y ello es así como resultado de ciertas decisiones metodológicas. Tomando a la información sobre personas sin hogar disponible en España como ejemplo de análisis, constatamos que los datos son eminentemente estadísticos, han sido generados a partir de encuestas que miden el nivel de contacto que los *homeless* tienen con las instituciones más clásicas: la familia, el trabajo, las asociaciones recreativas, etc. Es decir, las tesis desafilatorias guardan relación con una visión institucionalista de los fenómenos sociales, así

como con el predominio absoluto de las metodologías cuantitativas. Estos enfoques poseen enormes dificultades a la hora de detectar las diversas formas de afiliación presentes en el contexto de exclusión; han puesto un énfasis tan desmedido en las rupturas, que son incapaces de abordar los procesos de reafiliación. Si la situación de exclusión es producto de una serie de quiebres que distancian a los sujetos de instituciones básicas como son el trabajo o la familiar –cuestión que no siempre es así–, lo cierto es que las personas sin hogar afrontan los problemas cotidianos a partir de la recomposición de sus lazos sociales. Más aún: la subsistencia de la mayoría de los *homeless* se asocia con la economía informal, la cual se arraiga a un territorio en concreto y depende de las redes sociales que el individuo es capaz de tejer en el barrio donde se ha instalado. En definitiva, para las personas sin hogar, y especialmente para aquellos que se niegan a entrar en contacto con los servicios sociales, las redes sociales son el principal recurso de subsistencia y adaptación material y emotiva frente a un ambiente dominado por las penurias. Pero dicha situación no suele ser reconocida por quienes se guían por el supuesto del aislamiento social, y esta situación tiene sus consecuencias epistemológicas y políticas.

Epistemológicas porque nos conduce a interpretar los procesos de desventajas sociales en términos de individuos aislados, cuando en la calle constantemente se forman grupos de *homeless*, cuando estas personas se vinculan con vecinos y comerciantes del barrio. Las visiones dicotómicas que nos presentan un panorama de “incluidos” o “excluidos” simplifican en exceso una realidad social que, por el contrario, se caracteriza por una enorme gama de matices; existen múltiples formas de estar “incluidos” o “excluidos”. Sin embargo, al considerar los procesos de reafiliación comenzamos a comprender que la exclusión social se asocia con los modos de inserción social. La imagen de la persona sin hogar como un sujeto fragmentado, como un átomo social, es falsa; el *homeless* establece conexiones a partir de una serie de redes barriales. No obstante, ¿con quiénes y cómo se relaciona?, ¿cómo caracterizar dicha conexión?, ¿cuál es la naturaleza de dicho vínculo?, ¿hasta qué punto la conexión satisface sus necesidades y deseos materiales y emotivos?, ¿cómo se expresa el poder en el

vínculo que el *homeless* establece con los vecinos del barrio? Asimismo, la exclusión no se liga únicamente con la distancia respecto de las instituciones básicas de la sociedad, sino también con la socialización diaria de los sujetos en un entorno repleto de desventajas; socialización cotidiana que brinda indicios fundamentales para desentrañar cómo se re- fuerza el círculo que encierra al sujeto en la situación de exclusión residencial.

Las consecuencias políticas se asocian con las modalidades de intervención propias de las perspectivas centradas en el supuesto del aislamiento social. En España, la asociación de la exclusión con la ruptura de los lazos sociales caló tan hondo, que incluso terminó imponiéndose en la lógica de atención de los recursos sociales. No casualmente las respuestas políticas propias de un paradigma como es el de la exclusión se estructuran en torno a los denominados “Programas de Reinserción”, donde la idea subyacente es la de reinserir en el tejido social a individuos “problemáticos” que supuestamente se han desenganchado de las dinámicas sociales. A la hora de afrontar un problema como el *sinhogarismo*, estos programas no pretenden transformar estructuras sociales como el mercado de trabajo o de la vivienda, sino “resocializar” a individuos “solitarios y asociales”, “intervenir” sobre la sociabilidad del sujeto. Paradójicamente, si cientos de *homeless* no se aproximan a los recursos sociales en buena medida es consecuencia de su capacidad de afrontar la subsistencia a partir de las redes que han estructurado en los barrios. A su vez, en España en general, y en Madrid en particular, los servicios sociales para *homeless* están diseñados para enfrentarse a individuos aislados, no así a grupos de personas sin hogar que acampan en determinados puntos de la ciudad. Lo que tales programas no logran comprender es que sus posibilidades de afrontar con éxito un “proyecto de reinserción” se verán condicionadas por la sociabilidad y la economía informal que los *homeless* han establecido en los territorios donde residen.

Por último, en el artículo se han analizado los posibles aportes de la antropología a los estudios sobre el *sinhogarismo*. Centrándonos en la etnografía en tanto metodología de análisis, se ha puesto de manifiesto cómo las

técnicas cualitativas de investigación pueden brindar información especialmente pertinente para el estudio de los procesos de adaptación y conformación de grupos en el contexto de calle. Uno de los motivos que llevaron a que la mayoría de los estudios sobre el *sinhogarismo* centren su atención en el sujeto aislado, consiste en la dificultad por captar la existencia y peso de las redes sociales en la vida de las personas sin hogar a partir de una metodología cuantitativa. Incluso cuando los estudios de corte cuantitativo son capaces de detectar la existencia de redes, no logran considerar cómo fluctúan las mismas, cuáles son los códigos a partir de los cuales se rigen los grupos de “excluidos”, si se respetan dichos códigos o si existen castigos en caso de ser violados, etc. Los procesos de conformación de subjetividades se producen bajo el amparo de dichas redes; son las sociabilidades que allí se establecen, enmarcadas por el contexto de calle, las que moldean las formas de representar la realidad y las conductas de las personas sin hogar. No obstante, vale la pena resaltar que el *sinhogarismo* es un fenómeno complejo, por lo cual no puede ser abordado exclusivamente desde un enfoque antropológico. Las políticas de intervención social destinadas al colectivo, al igual que las investigaciones, deberían promover los enfoques transdisciplinarios. Precisamos de más y mejores datos, y la única forma de subsanar tales carencias consiste en complementar las metodologías cuantitativas con las cualitativas.

Bibliografía

- ABRAHAMSON, P. (1997), “Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos?”. En MORENO, L. (Comp.), *Unión Europea y Estado de Bienestar*. Consejo de Investigaciones Científicas (CSIC). Madrid.
- AUTÉS, M. (2004), “Tres formas de desligadura”. En KÄRSZ, S. (Coord.), *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Gedisa. Barcelona.
- BAHR, H. (1973), *Skid Row: An introduction to disaffiliation*. Oxford University Press. New York.
- BLUMBERG, L. (1975), “Review Author: Skid Row: An Introduction to Disaffiliation”. En *Social Forces* 53:525-526.

- BURT, M. R. (1996), *Practical methods for counting the homeless: a manual for state and local jurisdictions*. The Urban Institute, Washington D. C.
- CABRERA CABRERA, P. J. (1998), *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Universidad Pontificia Comillas, Madrid.
- CASTEL, R. (1997), *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.
- CASTELLS, M. y PORTES, A. (1990), "El mundo sumergido: los orígenes, la dinámica y los efectos de la economía informal". En PORTES, A. *La economía informal en los países desarrollados y menos avanzados*. Planeta, Buenos Aires.
- FITOUSSI, J. P. y ROSANVALLON, P. (1997), *La nueva era de las desigualdades*. Manantial, Buenos Aires.
- GAULEJAC, V. y TABOADA LÉONETTI, I. (1994), *La lutte des places. Insertion et désinsertion*. Ed. Hommes et Perspectives, Marseille.
- GIROLA, C. (1996), "Rencontrer des personnes sans abri. Une anthropologie réflexive". En *Politix* 34:87-98.
- GOFFMAN, E. (2001), *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GÚBER, R. (2004), *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós, Buenos Aires.
- HAMMERSLEY, M. y ATKINSON, P. (1994), *Etnografía. Métodos de investigación*. Paidós, Barcelona.
- INE (2005), *Encuesta Sobre Personas sin hogar*. Instituto Nacional de Estadística, Madrid.
- KOEGEL, P. (1998), "La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar". En *Intervención Psicosocial* 7:27-46.
- LA GORY, M. J. R. FERRIS y FITZPATRICK, K. (1991), "Homelessness and affiliation". En *Sociological Quarterly* 32:201-218.
- LIEBOW, E. (1993), *Tell them who I am. The lives of homeless women*. Penguin Books, New York.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1989), *El otro desempleo. La economía Sumergida*. Anthropos, Barcelona.
- MUÑOZ, M. C. VÁZQUEZ y J. J. VÁZQUEZ (2003), *Los límites de la Exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Ediciones Témpera y Caja Madrid, Madrid.
- PAUGAM, S. (2007), *Las formas elementales de la pobreza*. Alianza, Madrid.
- ROONEY, J. (1976), "Friendship and disaffiliation among the Skid Row Population". En *Journal of Gerontology* 31:82-88.
- ROSENTHAL, R. (1994), *Homeless in Paradise. A map of the terrain*. Temple University Press, Philadelphia.
- ROWE, S. y J. WOLCH (1990), "Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles". En *Annals of the Association of American Geographers* 80:184-204.
- RUBINGTON, E. (1968), "The Bottle Gang". En *Quarterly Journal of Studies on Alcohol* 29:43-55.
- SÁNCHEZ MORALES, M. R. (1999), "Las personas sin hogar en España". En TEZANOS, J. F. (Dir.), *Tendencias de desigualdad y exclusión social*. Sistema, Madrid.
- SHLAY, A. B. y ROSSI, P. H. (1992), "Social Science Research and Contemporary Studies of Homelessness". En *Annual Review of Sociology* 18:29-60.
- SILVER, H. (1994), "Exclusión social y solidaridad social: Tres paradigmas". En *Revista Internacional del Trabajo* 133:607-662.
- SNOW, D. y ANDERSON, L. (1993), *Down on their luck. A study of homeless street people*. University of California Press, Los Angeles.
- SPRADLEY, J. P. (1970), *You owe yourself a drunk. An ethnography or urban nomads*. Waveland Press, Illinois.
- TAYLOR, S. D. y BOGDAN, R. (1996), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós, Barcelona.
- WACQUANT, L. (2006), *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI, Buenos Aires.